

iglesia estaba llena, y deseamos que todos los peregrinos oigan, como nosotros, referir los dolores del Hijo de Dios, al elocuente P. Ventura.

25 DE MARZO.

Viernes Santo.—Golpe de vista sobre Roma.—Veneración de las reliquias en Santa Cruz de Jerusalem.—Oficio en la capilla Sixtina.—Adoración de la Cruz.—Tributo real.—Exposición de la verdadera Cruz.—Tinieblas.—Veneración de las reliquias de San Pedro.—Las tres horas de agonía.—El camino de la Cruz.—La hora de María desolada.—Oficio según el rito griego.—La academia de los Arcades.

¡El Viernes Santo! Roma está de luto; María está en el Calvario. Todo lo que la Jerusalem del Occidente posee de los vestigios de la Pasión ó de los instrumentos del deicidio, lo expone á la piedad de los peregrinos y lo venera ella misma con las lágrimas en los ojos. Desde por la mañana está abierto el tesoro de Santa Cruz en Jerusalem; el rótulo de la Santa Cruz, el clavo y las otras grandes reliquias se exponen solemnemente á la veneración de los fieles. 1 Por la

1 Las más insignes reliquias de Santa Cruz en Jerusalem, son: dos espinas de la Santa Corona, un clavo y el rótulo de la Cruz. El rótulo es una plancha de madera de color negrozco, de cerca de una pulgada de espesor por seis ó siete de anchura y diez de longitud. La inscripción en hebreo, en griego y en latín, está escrita de derecha á izquierda, según la manera de los judíos. Encima está el hebreo, en medio el griego, abajo el latín. *Hebraice, grece y latine*, como lo dice con tanta precisión San Juan Evangelista. No se leen más que estas palabras: *Nazarenus Rex*, escritas como sigue: ER SUNKRAZAN; estas palabras se repiten en griego y en hebreo.

Las dos partes extremas del rótulo, que tienen el resto de la inscripción, han sido quitadas por un cardenal español (creo que se llama Mendoza) que siendo protector de Santa Cruz, quiso hacer gozar á su patria de una porción de aquella reliquia infinitamente preciosa. Pero se conserva en Santa Cruz el *fac-simile* del rótulo entero, que puede tener dos pies de largo y siete pulgadas de alto.

tarde, al otro extremo de la ciudad, en la basílica vaticana, se dará este espectáculo; tendrá por testigos al Vicario de Jesucristo mismo, á todos los jefes de la catolicidad y á una multitud de peregrinos que llegan de todas partes del mundo. En el intervalo, Roma deja oír continuamente su voz doliente, todos sus santuarios resuenan con acentos de dolor. En ninguna parte son más tiernos que en la capilla Sixtina.

El oficio ha comenzado en medio de un lúgubre aparato; Moisés y los profetas han llorado la muerte del justo; el justo ha rogado por sus verdugos, las oraciones *sacerdotales* se han acabado, todo se prepara para la adoración de la cruz; un poco más y veis al Pontífice de blancos cabellos y á todo el Sacro Colegio prosternados sobre la tierra. El cardenal celebrante es el único que está en pié, descubriendo uno tras otro los brazos de la cruz como para manifestar el gran misterio del Calvario. Cuando la ha depositado en un rico cojín, hé aquí cuatro prelados y un ayuda de cámara que se acercan respetuosamente al Soberano Pontífice, estando en su trono. Se ponen de rodillas delante del Santo Padre y le quitan sus sandalias. El Vicario de Jesucristo, revestido solamente con la alba, el cordón, la estola violeta y la mitra blanca, se adelanta descalzo y con las manos juntas hácia la extremidad inferior de los bancos del Sacro Colegio; allí se le quita también la mitra y el solideo. Despojado de todas las insignias de su suprema dignidad, hace una primera genuflexión seguida de otras dos á medida que avanza hácia la cruz, la cual adora y luego besa.

Tres veces la frente del augusto anciano toca el pavimento del santuario; y cuando prosternado en medio de la capilla, descansa sus labios en las llagas sagradas del Dios crucificado, la fe del cris-

tiano se exalta al ver aquella cruz, ántes objeto de ignominia, recibir en aquel día, después de haber subyugado al mundo, los homenajes de todo lo que hay de más grande en la tierra. 1

Pero ¿qué se diría de lo que siente el corazón durante aquella sublime y tierna ceremonia? En el momento en que el Santo Padre hace la primera genuflexión, comienza el coro, con una voz baja y dolorosa, el canto tan tierno del *Improperium popule meus, quid feci tibi?* "Pueblo mío, ¿qué te he hecho?" Es imposible expresar el efecto de estos reproches divinos cuando se los oye repetidos en la capilla Sixtina en las notas inmortales de Palestrina. Las palabras del Salvador son cortadas por el trisagio angélico: *Santus, Deus, Sanctus, fortis, Sanctus immortalis, miserere nobis.* "Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, tened piedad de nosotros;" esto es lo que en su admiración y en su dolor puede decir la milicia cristiana á la gran Víctima. El trisagio se cantó en griego y en latín. La Iglesia de Oriente y de Occidente, ó más bien dicho, la única esposa del Hombre-Dios, toma todos los idiomas para exhalar los sentimientos que la oprimen.

Después del Santo Padre, todos los cardenales, patriarcas, primados, arzobispos, obispos, generales de las órdenes, van descalzos y con las manos juntas á hacer la adoración. Cuando el Soberano Pontífice ha rendido sus homenajes al Dios crucificado, pone en el platillo de plata dorada, que está á la derecha de la cruz, una bolsa de damasco violeta que contiene cien escudos de oro; todos los cardenales depositan en él cada uno un escudo de oro. Jesús, rey en su cuna y rey en el instrumento del suplicio, tiene derecho al tributo del mundo. En Betlehem fué pagado

1 Capillas papales p. 488.

este tributo á la vista de José y de María por los monarcas de Oriente; en Roma lo es ofrecido en presencia de los príncipes y de los embajadores de las naciones civilizadas por el rey de la Ciudad Eterna, jefe augusto de toda la cristiandad.

Terminado el oficio se expuso en el altar una parte considerable de la verdadera cruz; allí estuvo hasta después de las tinieblas. Roma quiere que el recuerdo de la gran Víctima llene hasta los instantes del día que quedan libres por las ceremonias públicas.

A las veintiuna horas y media de Italia, entráramos á la capilla Sixtina para asistir á las tinieblas. Todo el oficio es una larga y sublime elegía. La Iglesia es una esposa desolada que llora en una tumba. Mas no llora como los que han perdido la esperanza; su dolor es tranquilo y de su corazón afligido se escapan de vez en cuando algunos acentos de inefable consuelo. Para ella como para el real Profeta cuya voz toma, la muerte y la resurrección de la gran Víctima se tocan y se confunden. De ahí un doble sentimiento de tristeza y de alegría que domina el oficio y pone sucesivamente en juego los dos resortes del alma cristiana: la naturaleza y la fe. Bajo este punto de vista, las tinieblas cantadas el Viernes Santo me parecen más dramáticas todavía que las de la víspera. El *Miserere* de Allegri termina el oficio y por un instante la iglesia se abisma de nuevo en su inmenso dolor.

Este sentimiento de que no podéis sustraeros, es una preparación para la ceremonia que va á seguir. Toda la concurrencia, silenciosa y recogida, se dirigió á la basílica de San Pedro. Los granaderos de la milicia urbana formaban la valla en la gran nave; á la cabeza del cortejo se adelantaba lentamente la cruz papal dominando todas las frentes inclinadas; venían en seguida la familia pontifical y la casa

de honor. Seguian la guardia suiza y la guardia noble formando la escolta del Santo Padre y el Sacro Colegio. Al llegar el Soberano Pontífice á la confesior, se puso de rodillas y rezó las oraciones de costumbre. Los cardenales y los obispos igualmente prosternados rezaron á su vez. Levantad ahora vuestras miradas hácia la cúpula y fijadlas sobre la gran tribuna de Santa Verónica, cuyo balastrado esta provisto de girándulas con antorchas encendidas. En medio de estas resplandecientes luces aparecen dos canónigos del Vaticano que muestran en silencio el Divino Rostro, la lanza, una porcion de la verdadera cruz y otros reliquias mayores, precioso monumento de la Pasion de Nuestro Señor y de nuestra feliz redencion. Y todo el pueblo, así como las diversas cofradías de la ciudad, solemnemente reunidas, adoran en silencio y piden misericordia.

Así como la capital del mundo cristiano despierta en el dia del aniversario del deicidio en inefables sentimientos de compuncion y de amor, así expía cada año en el primer templo del universo las irrisiones sacrílegas del Gólgota. Acabada la adoracion, se levanta solo el Santo Padre, dejando á toda la concurrencia prosternada, y precedido de la cruz, llevada por un auditor de Rota, sale de la basilica para volver al Vaticano, adonde le acompañan los guardias nobles con sus antorchas encendidas. Tal es el profundo respeto que rodea aquellas reliquias preciosas, que fuera de los dias de exposicion pública, ninguno puede venerarlas sin una concesion especial del Pontífice.

Mientras todo esto pasaba en San Pedro, las iglesias de Roma repetian á los numerosos fieles los dolores del Hombre-Dios. En el Jesus, en Santa María *in Trastevere*, en Santa María del Sufragio, *del Pianto*, y en San Lorenzo habia el ejer-

cicio de las tres horas de agonía. Al salir de todos aquellos santuarios, la muchedumbre enternecida se dirigia al Coliseo, al Caravita y al cementerio de San Francisco de Paula *ai Monti*, para rezar el vía-crucis, es decir, para cubrir de besos y regar con sus lágrimas la vía dolorosa que el mismo Salvador regó con su sangre. Pero al lado del rey de los mártires está María la Madre de la gran Víctima y reina ella misma de los mártires; la piedad romana no podia olvidarla. Si despues de la caida del dia, entráis á las iglesias de Santa Lucía *alle Bortteghe oscure*, á la de San Marcelo en el Corso, á la de los Santos Vicente y Anastasio, cerca de la fuente Trevi, encontráis á todo un pueblo en el ejercicio piadoso de María desolada (pésame). En fin, para que nada falte á la catolicidad del dolor, la Iglesia griega, como á las tres de la tarde, celebra en San Atanasio, segun su rito particular, los funerales del Savador; y durante una parte de la noche la Academia de los Arcades repite en verso y en prosa, el más grande, el más lúgubre, el más feliz acontecimiento que puede registrarse en los anales del mundo.

Al volver de la asamblea, visitamos las tiendas de los tocineros de la ciudad, principalmente cerca de la Rotonda. Todas aquellas tiendas están dispuestas con perfecto gusto, é iluminadas interiormente con centenares de lamparillas de diversos colores. Flores, guirnaldas y bandas de papel dorado y de plata, adornan los jamones, las salchichas y otras piezas de tocinería, todo dispuesto con arte. En el fondo aparece siempre una imágen de la Virgen, ó algun misterio de Nuestro Señor, en un trasparente de mal efecto. ¿De dónde viene semejante costumbre? Los tocineros se regocijan del fin de la abstinencia y celebran con estas inocentes demostraciones la vuelta de su comercio.

¡Qué variedad proporciona la religion en la vida de un pueblo cristiano! De vez en cuando encontráramos algunas patrullas, que como todos los regimientos de la guarnicion, llevaban las armas á la fune-rala. En Nápoles se conserva otra costumbre. Durante los últimos dias de la Semana Santa nadie puede servirse de coches; el rey y la familia real caminan á pié y sin pompa exterior, lo mismo que sus súbditos. Saludables costumbres de la fe, cuyo precio todo se comprende en un país en donde ya no existen.

26 DE MARZO.

Capilla Sixtina.—Canto del *Exultet*, de las Profecías y de las Letanías solemnes.—Misa del Papa Marcelo.—Biografía de Palestrina.—Canto del *Gloria in excelsis*.—El *All-luia*.—Visita al sepulcro de Palestrina.—Aspecto de Roma.—Misa armenia.—Coronacion de la Santísima Virgen.—La Trinidad le los Peregrinos.—El Coliseo á la claridad de la luna.

Durante toda la Semana Santa, el puesto del viajero está en la capilla Sixtina; hoy la misa del Papa Marcelo nos llevó allí á buena hora. En la historia del arte, esta misa es un acontecimiento; yo lo referiré bien pronto, así como la interesante biografía de Palestrina, autor de la inmortal composicion. La capilla habia vuelto á tomar algunos de sus adornos; el pavimento y las sillas del Sacro Colegio estaban cubiertas con sus tapices; el altar y el trono quedaban todavía cubiertos con colgaduras violeta. El Santo Padre, de capa roja, con mitra de lana de oro, y los cardenales con capa violeta, estaban en sus lugares. Como en todas las iglesias católicas comenzó el oficio por la bendicion del fuego nuevo y del cirio pas-cual. Al *Exultet* todo el mundo se levantó como para el Evangelio y oímos, si

no la música de los ángeles celebrando la resurreccion del Salvador, si á lo ménos el más hermoso recitado que á juicio de los conoedores, es capaz de regocijar el oido del hombre. Por lo que hace á mí, hubiera querido que el *Exultet* durase todo el dia.

A sus últimas melodías siguió el canto sucesivamente grave y melancólico de las Profecías y de las Letanías solemnes. Así toda la antigüedad pasa á vuestra vista y os creis trasportado á aquellas noches brillantes en que la Iglesia primitiva conducia á las fuentes sagradas sus numerosos enjambres de catecúmenos vestidos de blanco y llamaba sobre todos aquellos candidatos del cielo la proteccion de los gloriosos habitantes de la bienaventurada Jerusalem. El bautismo ha pasado y la feliz Madre que acaba de dar á su divino Esposo un pueblo de hijos, se estremece de alegría. En este momento el Soberano Pontífice toma la capa pluvial blanca, los cardenales la roja; se encienden los cirios del balastrado y los del altar colocados sobre seis candelabros dorados. Al llegar al pié del altar, el Santo Padre deja la mitra y comienza el Salmo *Judica me*, reza la confesion y sube á su trono en donde recibe la obediencia del Sacro Colegio. Un cardenal sacerdote va á celebrar la misa; pero ántes de seguirle al altar, debo cumplir mi palabra y contar la historia de Palestrina. (1)

En el curso del siglo décimosexto habia caido la música religiosa en un estado tal de corrupcion que el Soberano Pontífice habia resuelto desterrarla de su capilla. Entónces fué cuando surgió el génio de Palestrina, puro, como si los ángeles les le hubiesen inspirado su armonía y capaz de llevar hasta sus últimos límites la

1 Los pormenores siguientes están tomados de Monsieur Wiseman, y no hago más que traducirlos, compendiándolos.